

GABINETE DE SOMBRAS
PAULA NOYA

GABINETE DE SOMBRAS

Paula Noya

Con poemas de Francisco Carreño

Al parecer, el cuento hablaba de cosas reales y cosas inventadas: de los oscuros jardines de la niñez donde se celebró un festín en el que fue servida comida que miraba, hablaba, y sentía, la cual era traída por camareros que ni miraban, ni hablaban aunque sí sentían; y los comensales, que no se conocían ni llegarían a conocerse durante el banquete, iban entrando uno a uno mientras que de sus bocas salían los versos adecuados... Un momento, el cuento no era así exactamente.

Al parecer, el cuento hablaba de cosas reales y cosas inventadas: de unas gentes que para celebrar la muerte de Dios ocultaban su cuerpo con telas de colores y hacían ruido con tambores y, más avanzado el tiempo litúrgico, levantaban altares con trozos de animales que conmemoraban la transubstanciación de lo divino en la materia que vemos; y lo hacían para que del cráneo de los caballeros más aptos brotaran las hierbas de la sensibilidad y pudieran pronunciar, convertidos ya en rapsodas, los versos adecuados... Un momento, el cuento no era así exactamente.

Al parecer, el cuento hablaba de cosas reales y cosas inventadas: de guerreros que velaron su reliquia más preciada hasta que se cerraron para siempre sus bocas y sus ojos, y que como premio a su esfuerzo les crecieron flores de la cabeza para así ser recordados por las generaciones; pero sus enemigos, ocultos como bandoleros, accedieron a la cámara sepulcral para obligarles a mirar y a hablar de nuevo abriéndoles los ojos, las bocas y los corazones, y fue en ese momento cuando dicen que se escucharon los versos adecuados... Un momento, el cuento no era así exactamente.

Al parecer, el cuento hablaba de cosas reales y cosas inventadas: de bodegones creados como ejercicio de iluminación en una escuela de fotografía y de, dada su factura, los encargos que vinieron después, el del ayuntamiento de un pueblo para realizar el cartel de las fiestas patronales de San Jorge y San Artemio y el de la orla del convento de las Madres Reparadoras del Divino Color, que recientemente habían estrenado nuevo hábito y nuevo himno (nótese que en los retratos las monjas están recitando los versos adecuados).... Un momento, el cuento no era así exactamente.

Al parecer, el cuento hablaba de cosas reales y cosas inventadas: de gente que se empeñaba en dividir las imágenes en documentales y artísticas sin comprender lo que era lo documental y lo que era el arte, y para solucionar el problema, o para complicarlo más, se hizo un libro donde todo era real y todo imaginario. Y, claro está, todo lo hacían cuajar los versos adecuados.

Las leyendas son como los jardines de la niñez, siempre hay algo de verdad en el principio y luego todo se adorna con la fantasía.

Para ser lo que ya somos,
lo que no somos,
lo que deseamos ser,
lo que no deseamos ser,
lo que en el fondo somos,
lo que podríamos ser,
para dejar de ser,
para dejar de no ser,
para no dejar de no ser,
para no dejar de ser
como la máscara
una perpetua soledad
de movimiento,
escribo ahora
este libro de máscaras.



Este es el circo de animales sin forma, el circo donde los animales recuperan su definitiva extrañeza.

Este es el animal que llama a las palabras, el que las hace nacer en los labios desnudos.

Es el animal que trae la primera rama de realidad después de todos los desastres, el que descubre muy cerca lugares donde el hombre no ha llegado nunca.

Porque la tierra, cada porción de la tierra, permanece desconocida, dura, maciza, opaca.

Este es el animal cuyas pezuñas limpiarán nuestra risa de barro seco.



Creéis que lleváis un cuerpo que no es vuestro cuerpo,
que arrastráis un ahogado, un moribundo, una fábrica de tristeza;
pero es vuestro cuerpo, como sombra perfecta, lo que así trasladáis
de una orilla a la otra, sobre puente carcomido por la voz del río.

Creéis que luces fogosas atienden vuestras luces,
atravesando densas oscuridades, reinos de nadie,
para nombraros eclipses, altos planetas, dioses opacos,
huecos de un tiempo ya consumado.

Creéis en el cristal despierto de vuestra ventura,
que sedientos rayos vienen al reflejo,
en vuestro pozo dorado a descansar la gloria,
que lanzas sobran para horadar silencios.

Mas nadie conoce vuestro destino, nadie os matará
nervio a nervio, en el cadalso azul de las horas.
Tábanos de fuego saldrán del hígado
a poblar el cielo raso del cráneo.

De la orilla que duerme a la que mira,
de la luciérnaga al fuego de las torres,
del palpito del lagarto a los tambores
jamás nadie os abotonará el ombligo
a la estrella de vuestro nacimiento;
como mucho, en azufre soñoliento,
en moldes torcaces os encajarán los pezones,
al centro del espejo.



Yo soy la voz que empuja vuestros gritos.
Mis palabras de viento sin pulmón
conquistán el aire donde vosotros,
pequeños orificios cárdenos,
transmitís las quejas para mostrar sinceros
que tenéis un cuerpo,
un espacio secreto y ventilado,
un abismo de ruego sin quebranto,
lleno de oscuras formas deseadas,
de nubes rotas y de ríos.

Yo soy la voz que todo lo imagina,
la luz que deshace lenta
crepúsculos de sangre,
la que derrite el obcecado hielo del odio
y crea las desahogadas líneas del mundo,
donde vuestras lágrimas
chapotean su cólera evadida.

Yo aplaco en la ceguera la inquietud de las piedras,
fundo en el barro paisajes ahitos
de belleza nunca apretada.
Mi lamento rueda entre las risas
y celebra la erosión.
Vencida está la arena.

Mi voz hermosa de lombarda tajada
hila el silencio rojo en su níveo capullo,
mi voz de araña, mi voz ardiente
como sexo arrumbado en las brasas
del aciago banquete al que nadie
será invitado.





De la voz sale el grito.
Cuando el grito se extingue
vuelve a la voz.
Un día el grito decide no volver,
decide desaparecer para siempre.
Su canción ya no cabe en la memoria.



V

Aquellos que suben a las montañas a gritar
sepan que su voz no tardará en caer
por los despeñaderos donde se arrojan
las cabras viejas moribundas.

Sepan que los buitres se comerán uno a uno
los ecos hasta que las piedras purificadas
se alcen de nuevo a levantar
cabrunos pedestales de barbas silenciosas.

Aquellos que suben las montañas
para estar más cerca de su ausencia,
para observar desde lo alto, con lástima,
el dolor de sus manos ascendiendo
sobre la roca seca indiferente,
sepan que su cuerpo lloverá toda la tarde
en su cabeza olvidadiza,
que sus cabellos se empaparán de sí mismos,
que su vacío se hinchará tanto
que no cabrá por el ojal de su presente.

Aquellos que llegan a las cimas
sin haber usado las piernas
y tienen piernas,
sepan que su mirada sobre los mundos
tiene el alcance de los ojos de una lombriz,
que sus lágrimas caerán como la baba de un gusano
sobre la tierra estoica.

Aquellos que imitan a las águilas
sentados en los extremos de la tierra,
sepan, al menos, que al principio de los aires
docenas de músculos despliegan el lugar de las alas
en los turbulentos sumideros del espacio.



Aquí la ruina construye su palacio.



Hambre de forma hasta dar forma al hambre.

Para entender la ira de cejas en punta, los dientes apretados y la boca abierta, con labios color de sangre, la ira de pico vuelto hacia el suelo, hacia la presa.

Una espiral que chupa por la boca hacia el corazón.

Para unos el corazón es el sol.

Para entender la burla roja, los cuernos, las cejas anchas, la boca con la mitad de la expresión en el desprecio y la otra mitad en la burla.

Una espiral que sale por la boca hacia el corazón.

Para otros el sol es el corazón.



Las cerezas pintan tu esófago gris.

Los pulmones toman su intimidad prestada.

Tu dolor se cansa de ser sincero.

Estar más de cinco minutos vivo.

Lo que tarda una gota en caer
hasta el final de la tierra.

Sufrir las heridas del agua
que nos rompe la cara a pedradas.





En este mediodía visceral, quizá haya que pegarle fuego a las máscaras para que salga el ermitaño que vive dentro, para despertar todo lo que ya está despierto y se arrastra, sonámbulo, por un sueño impropio.



Ningún animal escapa al aroma insaciable de la sal.
El banquete infinito levanta mi pesado brazo
pelo a pelo, poro a poro, sangre a sangre hasta su gesto.

Las islas más oscuras suceden remotas,
fermentan el lujo las gargantas de piedra
celebran la primera estrella íntima,
el primer murciélago.

La rabia desciende a su baba de hambre pura,
lame la pulpa,
dueña sumisa del extravío
restriega su dominio por los vericuetos de la fibra.

Alrededor de las columnas de rigidez convulsa,
las cucarachas de nácar bailan su brillo espiral y mate,
sonámbulas deshacen el conjuro arquitectónico.

Ver sea el agua pariendo criaturas,
azul la noche de la fruta.
Nadie pueda negar el feroz crepitar de la plata en el cabello.

La meticulosa creación del universo
levanta humaredas de luz para envolver con su locura
la triste mama de la vaca,
la ciénaga dulce del cobarde,
las estatuas mutiladas del estúpido en su orilla.

Cada desesperación se cierne sobre su músculo feliz.
Los insectos presagian durante horas,
ante el terrible fuego del hogar,
los grandes acontecimientos de la intemperie.

Los misterios de la negación,
altivos de tapujo,
se cuelan por las grietas del dominio incompleto,
y todo se hunde,
por el quebrantado y sediento
lugar de la felicidad.



No cultivar la paciencia en la adversidad, sino la virtud de la desesperación.



Y la acción será una forma de pensamiento
oculta en el agua turbia,
donde los cantos destrozados
serán al fin redondos.

Y la corriente volverá
a esculpir el cuerpo
en el molde abierto de la tierra.



Ese estado en el que por fin se comprende
a seres en nada semejantes,
la idiotez quizás, o simplemente
no repetir la duda de estar vivo.

Ese estado que alguien busca sólo
en momentos necesarios, cuando
montones de Parcas han ocupado el tiempo
y ya no saben si tejen
o destejen, cuando la piel hila
su pliegue al polvo.

Ese único estado por el que pasan todas las noches
condenadas a desaparecer para poder ser una vez más
las únicas armas que se rompen
entre los rosados dedos de la aurora.



En este mediodía visceral, quizá haya que pegarle fuego a las máscaras para que salga el ermitaño que vive dentro, para despertar todo lo que ya está despierto y se arrastra, sonámbulo, por un sueño impropio.



Y por eso hay rostros en todas partes: en el lomo, en las manos, en el pecho, entre los dedos, rostros que cuelgan de los árboles, rostros en las plumas que el deseo lleno de ojos mueve, en los remos, en la quilla, en el extremo del mástil y en cada uno de sus puntos. En los granos también hay pequeños rostros en miniatura, y en las vetas de la madera que surcan las máscaras y figuran las llamas elevándose, en el color perdido por el bosque, en el cuerpo del viento que de repente se detiene, observa, sigue, ya ciego.



Debajo de la cara hay otra cara
que mastica sin engullir
la innumerable procesión de gestos.

¿Qué tenéis contra su única forma
de ser verdaderamente amada?

Mi único rostro se debate entre leña y hierba,
entre el avatar de palo y su nombre de humo.



Viejo como una llave oxidada,
perdida para siempre la cerradura,
en una ciudad ya desaparecida
el viento silba en mis entrañas.



El único gesto de la máscara representa
el drama vacío de las voces visibles.



Yo soy el río turbio de mil nombres.
Yo besé la mano de Inés de Castro
en la Quinta das Lágrimas.
Lamí los pies de la Cava
ante los ojos de Don Rodrigo.
Jugué con el escudo de Aquiles;
me desbordé para detener
un baño de sangre.
Yo me llevé el secreto
de Juan Nepomuceno.
Y os confieso que mis lenguas de agua
lo extienden hasta la boca del lagarto
que guarda las puertas del desierto.
Yo soy el río furioso donde la pobre
Ofelia encontró su convento.
Yo soy el río musculoso,
traigo y llevo toda celebración.
Jamás he repetido una sola gota.
Me encanta desaparecer.
Me llamo Voldaba.
Me llamo Mondego.
Me llamo Guadalquivir.
Me llamo Escamandro.
Me llamo Azuer.
A veces, ni me llamo,
No siempre os doy tiempo.
Ahora tengo que marcharme.
Volveré para anunciaros
nuevas desgracias.
Volveré para olvidaros.



Una vida sin ángel es una vida sin sombra.

Tú nos devuelves la tierra, nos recuerdas que la curación está en la herida y sucumbes, orgulloso, pulverizado por el paso del tiempo, por el canto de la erosión, repleto de grietas en las que habita un exterior lleno de ojos, de cuencas francas a una mirada perdida, atravesadas por el sentido. Heraldos de una realidad que vuelve a ser incomprensible, dejas extrañas cifras de sal y de barro.



Si el herrero forja la palabra,
templa su fortaleza en llamas
hasta hacer de la espada
una forma de la inocencia.

Si el zapatero curte la palabra
y con ella cubre
la distancia dura donde empieza el olvido.

Si el panadero amasa la palabra
y sus manos de lluvia con destino,
como el músico,
la extienden por el mundo.

Si el payaso espanta la palabra,
el vigilante la olvida,
y ella sola cuaja entre las fieras.

El poema entonces
no describe el miedo,
no afronta el valor,
huye hacia el peligro.
Su gran coraza
son los seres sin remedio.



La eternidad es una incógnita que no está representada por una equis,
sino por una cruz.



Vérselas con la espalda,
afrontar la nuca,
perseguir el rostro que persigue,
cruzar la zaga,
caer en el seno de la sombra
una tarde cualquiera,
levantar la mano hacia las yemas,
oír el yunque y el martillo
del oído izquierdo,
pasar un pie con el mismo pie,
pisar su planta,
darle un codazo al codo,
querer lo que quieres,
ser lo que eres.



Agradecimientos:

Francisco Carreño, Susana Blas, Asociación El Jardínico, Ayuntamiento de Caravaca de la Cruz, Taller Lacedemón, Juan Ruiz, Francisco Martínez, José Yepes, Carmelo Rubio, Tamboristas de Moratalla, Dolores Martínez, Rubén Solís, Manolo Gordillo, Juan de Sevilla, Iván del Rey de la Torre.

Este libro se terminó de imprimir el ..., día de San... En Madrid.